

LLOYD CLARK

BLITZKRIEG

Mito y realidad en la guerra relámpago

de Hitler: Francia, 1940

Traducción de
GONZALO GARCÍA

PASADO & PRESENTE

PASADO & PRESENTE
BARCELONA

PRÓLOGO

Una multitud de parisinos obstruía las calles de camino a la Gare de l'Est. Una madre le transmitía a su hijo André, de treinta y siete años, cuán orgullosa se sentía de él y, mirándole a los ojos cansados, aprobaba su decisión de combatir: era lo correcto. El hijo no sentía miedo, no sentía emoción, solo el ansia de llegar al frente, ahora que se había decidido. Al llegar a la estación deseaba estar ya en camino. Se abrió paso entre la muchedumbre como una guadaña en un trigal, hacia el andén desde el que su tren iba a partir. Avanzaba despacio entre soldados inquietos que abrazaban a mujeres de rostro ceniciento. Todos ellos se hallaban a punto de entrar en una realidad bélica totalmente nueva y estremecedora.

¿Qué suerte correría André? Su madre no podía dejar de pensar en una ocasión similar, en 1870, cuando ella había despedido a su propio hermano, que se marchó a luchar contra los prusianos y volvió del frente con una enfermedad mortal. André se había alistado como soldado raso —otro simple poilu con esposa e hijos pequeños—, haciendo caso omiso de la oportunidad de solicitar un cómodo trabajo de oficina en algún centro de mando distante de los campos de batalla. De hecho, si había recurrido a su posición de subsecretario de Estado para la Guerra tan solo había sido para asegurarse de que lo asignaban a una unidad que defendiera su amada Lorena. En consecuencia, el 1 de agosto de 1914 André Maginot se marchó a la guerra con discreción, sin despedidas ni fanfarrias públicas.

André había sido destinado a Verdún, una ciudad situada en un saliente vulnerable que había creado el avance alemán al atravesar la zona boscosa de las Ardenas. Los franceses se habían replegado hacia Sedán, Stenay y Verdún, pero solo Verdún aguantaba, protegida por la ampliación de las fortificaciones originales de Vauban, del siglo XVII. Era una ciudad simbólica que, aquel otoño, siguió en manos francesas; en parte (aunque fuera una parte menor), gracias a las patrullas de reconocimiento del propio André. Con su 1,90 m de altura, y vestido con la chaqueta «azul

horizonte» y los pantalones rojos, no era una figura poco llamativa en el campo de batalla; aun así, a diferencia de muchos otros, después de cincuenta patrullas seguía ileso. El 9 de noviembre de 1914, sin embargo, recién ascendido a sargento, la buena suerte llegó a su fin. Un día después de que le concedieran la Medalla Militar en reconocimiento a su liderazgo y valor personal, André encabezaba una patrulla cuando sintió un golpe brutal en la pierna izquierda y en seguida otro en la rodilla. Cayó en un charco de sangre y dolor, convencido de que iba a morir.

Seis años más tarde, un 10 de noviembre de 1920 —ayudándose de bastones, pues la pierna izquierda le había quedado inservible—, André Maginot, que ahora era ministro de Pensiones, se hallaba en la fría y húmeda ciudadela subterránea de Verdún. Con un dolor muy intenso, observó cómo Auguste Thien —un joven soldado del 123.º Regimiento de Infantería, al que se había invitado a elegir— señalaba el sexto de una serie de ocho féretros con los restos de un soldado desconocido. Tres años después, el 11 de noviembre de 1923, el féretro fue enterrado en París, bajo el Arco de Triunfo, en una ceremonia en la que Maginot, a la sazón ministro de la Guerra, encendió una llama eterna sobre la tumba.

Hacia cinco años del armisticio que había puesto fin a la primera guerra mundial. Francia aún vivía en el duelo, traumatizada por la espantosa capacidad destructiva de una guerra industrial muy prolongada; como nación no estaba menos quebrantada que los cuerpos y el ánimo de tantos veteranos supervivientes. André estaba resuelto a ahorrar esa experiencia a la siguiente generación y expresó su apoyo al mariscal Philippe Pétain —el Vencedor de Verdún, el militar más destacado de las fuerzas armadas francesas— en su deseo de fortificar la frontera de Francia con Alemania. Las defensas, que no se completaron en vida de André, tomaron el nombre de este —Línea Maginot— y, con ello, un hombre valiente y de principios quedó asociado para siempre con la derrota de su país.¹

INTRODUCCIÓN

Eran conquistadores, y para eso solo se necesita fuerza bruta; nada de lo que presumir cuando lo tienes, pues tu fortaleza es tan solo un accidente derivado de la debilidad ajena.

JOSEPH CONRAD, *El corazón de las tinieblas*

La caída de Francia y los Países Bajos, en mayo y junio de 1940, fue una de las campañas militares más asombrosas de la historia occidental y también, pues en efecto así cabe afirmarlo, una de las victorias más notables nunca obtenidas. Esas semanas de batalla conmocionaron al mundo, no por el horror prolongado, sino por su ausencia. Los alemanes lograron una victoria decisiva contra una potencia militar de primera categoría, que muy pocos habían predicho y que supuso dar un paso crucial hacia un conflicto cada vez más global y destructivo. Como tal, es un acontecimiento que no ha perdido resonancia para cuantos reconocen su importancia militar e histórica. Hay pocas campañas que hayan despertado más preguntas al respecto de sus orígenes, realización y resultado, y cuyas respuestas ofrezcan un panorama más contradictorio. Parte de su fascinación —y complejidad— deriva del hecho de que las partes principales habían estado batallando entre sí, en prácticamente el mismo territorio, hacía poco más de dos décadas. Por descontado, es casi imposible no oponer las imágenes de los bombarderos en picado Stuka o los carros de combate cubiertos de polvo, en una guerra de gran movilidad, con las imágenes anteriores —la artillería pesada, los fusiles embarrados— de la guerra de posiciones librada unos veinticinco años antes. Que una y otra de estas series de imágenes sea una representación adecuada de cada uno de los conflic-

tos es una cuestión discutible, pero es innegable que han calado en la conciencia occidental, lo que nos obliga a recordar expresamente que ambos conflictos tan solo estuvieron separados por una generación y, lo que es más, que la campaña de 1940 se desarrolló cuando aún había recuerdos vivos de la gran derrota de Francia ante Prusia en 1870.

La primera guerra mundial no había sido sino el último episodio de una larga historia de enemistad franco-alemana. Era un antagonismo que —junto con la angustia crónica de Alemania con respecto al Este— ocupó un lugar central en la historia y el desarrollo de Europa. Se trataba de una hostilidad hereditaria, alimentada por varios factores: la rivalidad territorial, el afán de dominar la Europa continental, el orgullo y la vergüenza nacionales y el deseo de venganza. Se caracterizaba por siglos de amenazas, invasiones, actos de agresividad diplomática y, a veces, una antipatía latente que ayudó a forjar las identidades nacionales. Supuso derramamiento de sangre; tan solo desde mediados del siglo XIV hasta los primeros años del siglo XVI hubo veintitrés guerras franco-alemanas. Según ha escrito un autor: «Durante siglos, la historia de Francia y Alemania ha sido el empeño continuo de las dos naciones por acercarse, comprenderse, unirse, fundirse. Nunca podía haber indiferencia entre ellas; tenían que odiarse o amarse, confraternizar o ir a la guerra. El destino de Francia y el de Alemania nunca se podrán establecer ni garantizar por separado».¹ El Tratado de Versalles —firmado a finales de junio de 1919, en el mismo edificio en el que, en 1871, un engrdeído rey de Prusia se había proclamado a sí mismo emperador— suponía el intento de Francia de imponer un freno total a las ambiciones de su viejo rival. Pero en los términos del tratado los alemanes solo leyeron humillación, y resolvieron vengarse.

La enemistad franco-alemana proporciona un contexto útil para entender mejor la campaña de Hitler contra Francia, pero la tarea se complica sobremano no solo por el padecimiento, la humillación y la división causados por la derrota francesa de 1940, sino también por la posterior derrota de Alemania en 1945. Como resultado, pese a las voluminosas publicaciones del mundo académico y divulgativo, los intentos de acertar en la diana de Leopold von Ranke —quien había insistido en que los historiadores debían establecer «qué había sucedido en realidad»— han supuesto en gran medida un fracaso. Estos intentos han topado también con el obstáculo de que toda campaña es un objetivo de movimiento rápido, pues cada década que pasa los hechos se re-interpretan para reflejar la transformación de los tiempos, los temas y

las actitudes, los estilos de escritura y los métodos de investigación. En consecuencia, la campaña de 1940 ya no es una provincia exclusiva del historiador militar, dado que, en palabras de sir Michael Howard:

Las raíces de la victoria y la derrota deben buscarse, a menudo, lejos del campo de batalla: en los factores políticos, sociales y económicos que explican por qué un ejército es cómo es y por qué sus líderes lo dirigen como lo hacen ... Sin un conocimiento más profundo del marco más general de las operaciones militares, es probable que uno llegue a conclusiones totalmente erróneas sobre la naturaleza y las razones de su éxito y su fracaso.²

Este libro presenta algunas ideas novedosas sobre por qué los hechos de mayo y junio de 1940 fueron como fueron, desde la perspectiva de un historiador militar que hace más de un cuarto de siglo que estudia este tema y que ha pisado los campos de batalla en numerosas ocasiones. Ofrece interpretaciones nuevas y pone en duda algunos mitos consolidados —en esta campaña son especialmente abundantes— sobre el modo en que Alemania logró en tan solo seis semanas y media de 1940 lo que no había podido lograr entre 1914 y 1918, en más de cuatro años de combate. Llega a ese fin planteando tres preguntas cruciales: ¿Cómo se prepararon para la guerra los beligerantes, y por qué lo hicieron así? ¿Cuál era la capacidad de batalla de los beligerantes en 1940? Y por último: ¿Cuán bien o cuán mal dirigieron las operaciones durante la campaña? Por esta vía, el libro intenta determinar con qué acierto las naciones implicadas lograron fundir con sus ambiciones estratégicas su capacidad de dirigir las operaciones; se pregunta si los Aliados tuvieron alguna posibilidad real de derrotar a los alemanes y, a la inversa, si estos podían haber fracasado. Rechaza el argumento erróneo, perezoso y peligroso de que la victoria de Hitler era como quien dice inevitable porque sus fuerzas eran superiores, en cantidad y calidad, estaban cuidadosamente preparadas y sus métodos de combate estaban mecanizados y combinaban las operaciones de tierra y aire en un mismo plan unitario. Al mismo tiempo, aspira a reducir la complejidad para ver si la campaña es un ejemplo de la siguiente afirmación del general James Mattis: «Al final, entender de verdad la historia supone que no nos enfrentamos a *nada* nuevo bajo el sol».³

Como es lógico, los lectores sacarán de las páginas que siguen las conclusiones que les parezcan más apropiadas; pero es preciso recor-

darles que las conclusiones del historiador cuentan con la ventaja del tiempo transcurrido y, a menudo, con el lujo de unas fuentes que no estaban disponibles en el momento mismo de los hechos. Aun así, pese a que se diría que el historiador que critica desde la comodidad de su sillón y el comandante que toma decisiones en el calor de la batalla quizá tengan poco en común, ambos comparten la responsabilidad de imponer sentido donde no parece haberlo y crear cierto grado de orden a partir del caos. Y desde luego, en 1940, el caos abundaba en (y sobre) los campos de batalla de los Países Bajos, Bélgica y Francia.⁴

PASADO & PRESENTE

INGREDIENTES

Siempre hay causas que anteceden. Todo comienzo es un artificio, y lo que a uno lo convierte en mejor que otro es la manera en la que da sentido a lo que sigue.

IAN MCEWAN, *Amor perdurable*

Viven ustedes en un tiempo interesante. Los tiempos interesantes son siempre tiempos enigmáticos que prometen que no habrá descanso, no habrá prosperidad o continuidad o seguridad. [En nuestra época] coexisten varias fuerzas incompatibles, ninguna de las cuales puede ni vencer ni perder ... La humanidad nunca ha combinado tanto poder y tanto desorden, tanta angustia y tantos juguetes, tanto saber y tanta incertidumbre.

PAUL VALÉRY, poeta y filósofo francés, en un discurso de entrega de premios en un liceo parisino, en 1932.¹

Para Varsovia y para Polonia, era el final. Después de días y noches de bombardeo alemán, los líderes del país analizaban la situación. La valerosa población civil de la ciudad podía continuar con la resistencia si era preciso, y sin duda lo haría, pero ¿con qué fin? No era la primera vez en la historia del país que el enemigo arrasaba los edificios varsovianos y llenaba las calles, apenas reconocibles, con miles de muertos. Se consideró que seguir luchando era inútil: no parecía haber esperanza de salvación. El 28 de septiembre de 1939, un portavoz del Alto Mando anunció con voz clara y fría que «después de veinte días de defensa heroica ... [y] la destrucción de prácticamente la mitad de la ciu-

dad», se había acordado un alto el fuego y se negociaban las condiciones de la rendición.² Desde el punto de vista militar, era un hito para Alemania, que cosechaba el fruto de la inversión de Hitler en la maquinaria militar de la nación. La campaña, rápida y eficaz, colmó de confianza a un emocionado canciller alemán, según pudieron comprobar los jefes militares que asistieron a la Conferencia del Führer del 27 de septiembre, en la que este anunció su intención de invadir la Europa occidental. Iba a hacer realidad un deseo vivo desde hacía muchos años: invadir Francia y vengar la humillación de 1918 y 1919. Pero los que escuchaban a Hitler, que aún digerían los hechos de Polonia, se quedaron atónitos. Ni el ejército de tierra (Heer) ni la fuerza aérea (Luftwaffe) se creían capaces de culminar los preparativos a tiempo: las tareas de la retirada y los menesteres posteriores a la rendición se sumaban a la necesidad de reubicar, rearmar y reorganizar a las unidades, extraer las lecciones pertinentes y formar y planear en consecuencia; la lista era interminable. Hitler se había anticipado a su inquietud —lo que, a su modo de ver, era tan solo la aprensión de los débiles—, pero en aquellas circunstancias no era relevante que intentara recordar a los profesionales de las fuerzas armadas las victorias obtenidas frente al viejo enemigo en 1815 y 1870. Tampoco logró tranquilizarles mediante la verborrea ideológica sobre la «superioridad natural» del soldado alemán, que, combinada con su «experiencia y agresividad», hacía que una división alemana fuera «más valiosa que una división francesa».³ El general Franz Halder, jefe del Estado Mayor del OKH (Alto Mando del Ejército) no pudo ocultar sus recelos y expresó su convicción de que cualquier plan de invasión occidental requería unos preparativos de varios meses, si no años. Hitler desdeñó su opinión. «La relación de fuerzas no va a mejorar a nuestro favor —dijo con irritación—. La potencia del enemigo irá incrementándose progresivamente.»⁴ A los presentes no les quedó duda de que Hitler, como comandante supremo de las fuerzas armadas de Alemania, quería iniciar la invasión antes de que acabara aquel año.

La Directiva del Führer n.º 6, del 9 de octubre de 1939,⁵ detallaba algo más la ambición de tomar Francia y hablaba de asestar un «golpe rápido y demolidor en el oeste» por medio de un ataque a través de Luxemburgo, Bélgica y Holanda. La meta era:

Derrotar cuantas unidades se pueda del ejército francés y las fuerzas aliadas que luchan en su bando, y al mismo tiempo conquistar todo el terri-

torio posible en Holanda, Bélgica y el norte de Francia, que sirva de base para proseguir con éxito la guerra aérea y naval contra Inglaterra y como amplia zona de protección del Ruhr, económicamente vital.⁶

Con el ansia tanto de reforzar la urgencia de estos procedimientos como de guiar los planes del OKH relativos a la invasión, al día siguiente Hitler añadió a la directiva una conferencia del Führer. Aquí afirmó que Francia «no [será un blanco] más difícil que Polonia», a la vez que concedía que la balanza no se decantaría, quizá, hasta después de que Alemania se viera «obligada» a entrar en una guerra «de posiciones». ⁷ Esta posibilidad se consideraba muy verosímil porque se aceptaba que, pese a las mejoras claras introducidas en las fuerzas armadas alemanas durante los años precedentes, cualquier invasión todavía tendría que rebasar la Línea Maginot por el norte, y el enemigo estaría aguardando en la zona central de Bélgica. En su conjunto, la empresa horrorizaba a los generales alemanes porque pensaban que su maquinaria militar, aún en desarrollo, sufriría daños muy graves, tales que incluso culminarían en una derrota.

El general Wilhelm Keitel, un fumador empedernido que encabezaba el OKW (*Oberkommando der Wehrmacht* o Alto Mando de la Wehrmacht, el organismo encargado de adoptar las decisiones estratégicas de las fuerzas armadas hitlerianas), ⁸ era un hombre que, «por temperamento, estaba mal pertrechado para lidiar con Hitler» y tenía una confianza sin reservas en la brillantez de este. Aun así presentó la dimisión, que fue rechazada. El general Walther von Brauchitsch, comandante en jefe del ejército, cada vez mostraba más deferencia hacia el comandante supremo; sin embargo él también compartía la preocupación de los mandos de tierra y consideraba que el desafío operativo que el proyecto implicaba era superior a sus fuerzas. Entre estos jefes militares estaba el general Wilhelm von Leeb, un hombre tan adusto que otro oficial dijo de él que si «alguna vez intentaba sonreír, se le agrietaría la cara». ⁹ Hacía poco tiempo que había vuelto del retiro para tomar el mando del Grupo de Ejércitos C, había perdido un hijo en la campaña de Polonia y fue uno de los varios oficiales de primer nivel que describieron la propuesta de Hitler como «demencial». ¹⁰ Después de que se promulgara la directiva hubo conversaciones privadas entre los viejos colegas de profesión, pero aunque estaban de acuerdo en que la invasión era una mala idea, no tardaron en admitir la inutilidad de ponerse a discutir con quien ya había tomado una decisión.

Los desacuerdos y fricciones entre Hitler y sus grandes generales no eran un fenómeno nuevo, pero se intensificaron a medida que el Führer exigía, con severidad renovada, actuaciones más peligrosas. Hitler se sentía amenazado por la clase de los oficiales tradicionales, aristócratas prusianos de especial influencia, gran confianza en sí mismos, ideario conservador y sentimiento de privilegio. ¿Acaso aquellos hombres no querían combatir? Por su parte, los generales despreciaban a Hitler por su falta de autocontrol, el fanatismo político, el culto a la personalidad, y el poder que había ido acumulando, aunque en cambio compartían su visión de una Alemania que recobraba la grandeza. Para la mayoría, el Führer y sus socios eran gente grosera, manchada por una política de alcantarillas; lo consideraban un hombre inepto para liderar el país, menos apto aún para ser el comandante supremo de las fuerzas armadas. Hitler había ascendido a esta posición en 1938 y se aprovechó del código del honor imperante en el cuerpo de oficiales para que le juraran lealtad y obediencia personal; si quería hacer realidad sus objetivos políticos en Europa, necesitaba controlar a esos guías sujetando él las riendas de su profesionalidad. Para ello utilizó el OKW como su Estado Mayor Central; el Alto Mando de la Wehrmacht se había formado en 1935 para ocupar el lugar del ministerio de Guerra y dirigir a los mandos militares, y estaba integrado por hombres tan leales como competentes. Estos oficiales transformaban las ideas estratégicas de Hitler en órdenes que pasaban a los mandos subordinados de cada rama, cuya acción se vio restringida, cada vez más, a las meras cuestiones operativas. Para socavar aún más la influencia de estos, Hitler casi nunca invitaba a los jefes de los distintos servicios a las mismas conferencias del Führer; gobernaba creando división. Al estar desunidas, las distintas ramas no podían suponer la misma amenaza para los planes estratégicos del OKW.

Hitler ansiaba especialmente neutralizar al OKH porque Alemania era una gran potencia terrestre y el ejército de tierra siempre había dirigido la estrategia y actuado como principal consejero de los políticos en los asuntos bélicos. Su iniciativa tuvo éxito e hizo que el Estado Mayor General perdiera fuerza como foco de creatividad militar y quedara relegado a ser tan solo la organización responsable de convertir sus caprichos estratégicos en realidad operativa. Pese a todo, en el otoño de 1939, con el invierno cerca, Hitler creía que el OKH vacilaba innecesaria y deliberadamente a la hora de desarrollar los planes. Se sentía frustrado, sospechaba traición y decidió que había llegado el



momento de imponer su autoridad: el 23 de noviembre celebró una conferencia de mando en la imponente nueva Cancillería Imperial de la Vossstrasse berlinesa, donde hizo gran hincapié en que «mi decisión es inalterable. Atacaré Francia e Inglaterra en el mejor momento y lo antes posible ... No me detendré ante nada y aniquilaré a cualquiera que se me oponga».¹¹ La reacción del OKH fue inmediata: se había llegado a un punto crítico y los oficiales del Estado Mayor —encabezados por Halder— se apresuraron a producir un plan que satisficiera al comandante supremo.